

D. Zúñiga



Clérigo

JOSE FERNANDO
LÓPEZ BELMONTE

Seminario Salesiano
Godolleta (Valencia - España)

Queridísimos hermanos:

El 20 de junio a la una de la madrugada, entregaba su hermosa alma a Dios el estudiante de tercer curso de filosofía de este Seminario, **José Fernando López Belmonte**, a los 19 años de edad y tres de profesión.

El día del Corpus, 25 del pasado mayo, José Fernando había ido a las diez de la mañana, como todos los días festivos, a la parroquia de Godelleta para tocar, dirigir el canto y la misa comunitaria de los jóvenes del Oratorio, con otros dos compañeros suyos.

A las once y media salió con un equipo de muchachos para jugar contra los de la vecina población de Chiva. Al volver, en una pendiente de la carretera, cuando intentaban coger un desvío, él, y **Joaquín Sánchez Heras**, el muchacho que montaba con él en la bicicleta, fueron despedidos contra un olivo, recibiendo ambos grandes contusiones en la cabeza.

Llevados rápidamente al hospital clínico de Valencia, fueron intervenidos cuidadosamente por el doctor don José Luis Barcia y su equipo.

Joaquín, hijo del Guardia Civil, don Joaquín Sánchez, sobrino del Coadjutor Salesiano don Ticiano Heras, y alumno de nuestro colegio de Valencia, murió a la mañana siguiente. A sus funerales asistió el señor Inspector, el Seminario en pleno y toda la población de Godelleta.

José Fernando falleció a los 26 días después del accidente. Durante todo ese tiempo que pasó casi en plena inconsciencia, salvo algunos ratos de lucidez que aprovechaba para rezar sus oraciones e invocar el auxilio divino, fue cuidadosamente atendido por los mejores médicos del hospital y personal de servicio. Sus padres no se separaron un momento de su lado, ni de día ni de noche. El Sr. Inspector y directores de los Colegios de Valencia lo visitaban a diario; y los salesianos de Godelleta, especialmente sacerdotes, nos turnábamos sin cesar en la vela. Sus compañeros de filosofía, y noviciado empalmaban novenas, horas santas, visitas, sacrificios y rosarios por su curación; pero los designios del Señor eran otros: estaba maduro para el cielo.

Características fundamentales de su espiritualidad fueron la bondad sencilla, la pureza, la piedad, el trabajo y la alegría. Un condiscípulo suyo, de varios años, me escribe: José Fernando ha sido el compañero más bueno que Dios ha puesto a mi lado. Admiraba su bondad y sencillez, y sobre todo esa Gracia de Dios que se transparentaba en su rostro. Le considero como una de esas almas buenas que el mundo no es digno de tener. Dios le puso a nuestro lado por un acto de su pura bondad, para estimular nuestra correspondencia y como ejemplar elocuente de caridad fraterna. En cierta ocasión me dijo que en adelante usaría más su segundo apellido Belmonte porque le parecía una palabra optimista. Su vida tuvo siempre un bello atractivo juvenil: fue para mí un mensaje de optimismo, generosidad y alegría.

Nos ha dejado un testimonio de excepción en su diario íntimo que ha venido transcribiendo con fidelidad, sencillez y constancia desde tercer curso de latín hasta ahora. En él se reflejan día a día su alma y sus virtudes de una manera progresiva, encantadora y ejemplar.

Sus compañeros me han pedido lo transcribiera poligrafiado, lo que se irá haciendo por partes, y no dudo ha de hacerles un gran bien, como a mí me lo ha hecho.

Quizás con el tiempo sea posible recopilarlo todo, junto con algunos rasgos de su vida y ofrecerlo a nuestros aspirantes, novicios y filósofos como ejemplar viviente y de actualidad.

Desde niño demostró siempre un amor grande a su vocación. Un buen día, mayo de 1958, loco de entusiasmo, sale presuroso de la escuela en busca de sus padres para decirles: Ha venido a vernos un Sacerdote y me ha dicho que si quiero puedo ir con él para hacerme salesiano. ¿Me dejáis ir?

—Si el Señor lo quiere, contestó su padre, con muchísimo gusto te dejaremos ir tu madre y yo.

A los pocos días con su gran maleta al hombro partía para el cursillo de Valencia. A quien le pre-

y feligresía en masa. El Sr. Director dirigió la palabra a la concurrencia haciendo resaltar los indescifrables y amorosos designios de la Providencia y agradeciendo a todos los reunidos las sentidas muestras de condolencia, cariño, respeto y aliento.

En días sucesivos se oficiaron también solemnes funerales en Godelleta y en nuestro Seminario.

La bondad afectuosa y sencilla; la alegría y la pureza, estilo a lo Don Bosco, vivieron siempre unidas en el corazón de José Fernando, aflorando a sus ojos y a sus labios en sonrisa acogedora y servicial como íntimo mensaje de su vida a toda la juventud salesiana de las casas de formación.

Termino, queridísimos hermanos, pidiéndoos sufragios por el alma de José Fernando, y oraciones por la conservación y aumento de vocaciones como la suya que, aún en corto plazo, llenó una gran vida.

Afmo. en C. J.

Tomás Baraut Obiols

Director.

Godelleta, 24 de julio de 1967.

DATOS PARA EL NECROLOGICO

Clérigo José Fernando López Belmonte, Nació en Tarazona de la Mancha (Albacete) el 17-XI-1947. Murió en Valencia el 20-VI-1967, a los 19 años de edad y 3 de profesión.

guntó para qué quería una maleta tan grande, le dijo: "Para que me quepa también la sotana cuando me la impongan". La ilusión festiva del día de su toma de hábito, quedó estampada en la foto encantadora que aparece arriba.

Hizo el Aspirantado en la casa de Cabezo de Torres y Campello, ingresando en este Noviciado y Estudiantado Filosófico el 15 de agosto de 1963. En su expediente pueden leer estas frases que denotan ya, a juicio de sus superiores, el fuste de su recia personalidad. "Goza de buena salud, le han costado los estudios. Es de temperamento serio, equilibrado, formal. Su comportamiento ha sido siempre bueno. Piadoso, responsable, sencillo, sincero y trabajador".

En la carta de petición al Noviciado, José Fernando decía: "Durante cinco años he ido conociendo la Congregación. Desde el primer momento me ha gustado mucho y se ha ido afianzando en mí la vocación de día en día, viendo en ella la senda por donde Dios me quiere guiar, y teniendo como protectora a la Santísima Virgen.

En el Filosofado fue año y medio sacristán. Daba gozo entrar en la capilla, en la sacristía, en el presbiterio. Siempre todo tan pulcro, tan ordenado, tan cuidado. Recuerdo que en cierta ocasión me propusieron tomarlo como secretario de mi despacho y renuncié a ello, diciendo: El Señor lo merece más que yo; ya me arreglaré como pueda. Temía que desmereciera la capilla con la sustitución del sacristán.

Uno de los días de mayor lucidez entre los 26 que pasó en el lecho de la agonía, después de darle la bendición de María Auxiliadora y contestar él con voz clara y devota a todo, incluso acompañándome la parte que a mí me tocaba, le pregunté:

—¿Te duele algo?

—Un poco la cabeza.

—¿Necesitas alguna cosa?

—Desearía que me dieran la Comunión.

—¿Qué quieres que les diga a tus compañeros?

—Que recen mucho por mí y que pronto volveré a verlos.

Volvió a verlos, pero con los ojos del alma solamente.

Al día siguiente comenzó a empeorar de nuevo hasta que a la una de la madrugada del 20 de junio, el cordero Salesiano como le solía llamar su padre, que supo vivir y morir sin una queja, siempre agradecido y contento, se durmió plácidamente en el Señor.

En el reverso de su pequeño calendario, que llevaba siempre en el bolsillo, de su puño y letra había esta inscripción, que bien pudiera ser el epitafio de su sepulcro:

“Déjame descansar, Madre, en tu seno,
misterioso hogar,
dormiré allí, pues vengo deshecho
del duro bregar.

Estos versos hay que sentirlos pensando en la nueva vida, porque en ésta es necesario acompañar a Cristo con la Cruz. Cabe, sí, esperar en medio de las continuas dificultades, y confiar siempre en la bondad y en el amor de Dios. ¡Gracias, Señor!”.

El 21 al mediodía, un coche de pompas fúnebres, escoltado por sus familiares, el Sr. Inspector, Director y algunos amigos íntimos, trasladó los restos mortales a Tarazona de la Mancha (Albacete) su ciudad natal, según expresa voluntad de sus padres.

Al pasar por el Seminario de Godolleta reunida toda la comunidad, se cantó un solemne responso oficiado por el Sr. Inspector, pronunciando al final unas palabras emocionadísimas de condolencia y aliento.

A la mañana siguiente, sus compañeros y profesores del Seminario, el Sr. Cura Párroco de Godolleta, con el Sr. Alcalde, Sr. Juez, varios cooperadores, amigos, feligreses y jóvenes del Oratorio Festivo, salieron en dirección a Tarazona en sendos autocares para asistir a sus funerales y sepelio que tuvieron lugar a las once de la mañana.

Era voz común que nunca se había visto funerales tan solemnes en Tarazona. Hubo misa concelebrada con ocho sacerdotes, con asistencia de las Autoridades